

del pecador, sino que se convierta y viva, asistidme con vuestra gracia, que con ella de hoy en adelante mis costumbres, mis máximas, mi vida corresponderán á mi fe.

JACULATORIAS. — Yo, Señor, todo lo creo; pero fortificad mi poca fe. (*Marc. 9.*)

Señor, aumentadme la fe. (*Luc. 17.*)

### PROPOSITOS.

1 Aunque la fe, por decirlo así, es virtud del entendimiento, la falta de fe es vicio de la voluntad. Consiste la fe en un perfecto rendimiento de estas dos potencias. Por eso la infidelidad es igualmente fruto de un corazón estragado, que de un entendimiento orgulloso. ¿Cuándo se ha visto humilde á un herejarca, ó á algún hereje? Ninguno hay que no prefiera obstinadamente su propio juicio al juicio de toda la Iglesia, y aun á las soberanas luces del mismo Espíritu Santo. ¿Se ha visto nunca que un hereje se rinda de buena fe á las constituciones de los papas, ni á las decisiones de los concilios? Cree el hereje que solo en él reside el espíritu de Dios: *Ego sum videns.* (1. *Reg. 9.*) Yo solo soy el que tengo buena vista. ¿Puede haber mas lamentable ceguedad? Y con todo, este es el verdadero carácter de todos aquellos que carecen de una fe humilde y sencilla; de todos los que adolecen de falta de fe. Imponte, pues, una ley de rendir tu juicio, tu razón, tu estudio, todo tu saber á cuanto decidieren tus preladados, y especialmente la santa silla apostólica. En hablando la Iglesia, todos deben oír, todos obedecer, todos callar. En este punto el rendimiento de todo verdadero cristiano ha de llegar á una suma delicadeza. Sentir grande dificultad en sujetarse ciegamente, y estar muy pagado de su entendimiento y de su juicio, ó es señal, ó es incentivo del espíritu del error. Los de corta capacidad y corto espíritu son mas difíciles en sujetarse; de aquí nace que los semisabios, los ignorantes y las mujeres son los que con mayor dificultad depone sus caprichos. Comprende bien la malignidad de este defecto, y preven todas sus fatales consecuencias. Haz una santa vanidad de no querer creer sino lo que la Iglesia cree; de no ver sino lo que ella te pone delante; de no hablar sino el lenguaje que ella habla, ignorando y haciendo gala de ignorar cualquiera otra jerga ó jerigonza.

2 Ejercítate entre día en muchos actos de fe, y procura desde luego tomar esta santa costumbre, repitiéndolos, no solo

en la iglesia en el santo sacrificio de la misa, y durante los demás ejercicios espirituales de obligación ó de devoción, sino en lo restante del día, y en medio de otras ocupaciones. El origen de los desórdenes es el desmayo y la debilidad de la fe; y estos frecuentes actos la alientan, la escitan y la avivan. Dí con aquel padre de quien habla el Evangelio: *Crede, Domine: adjuva incredulitatem meam.* Yo, Señor, todo lo creo; pero fortificad mi poca fe: otras veces di con Marta: *Utique, Domine, ego credidi quia tu es Christus Filius Dei vivi, qui in hunc mundum venisti:* Si, Señor, yo creo firmemente que vos sois Cristo hijo de Dios vivo, que bajasteis al mundo á redimirle; ó en fin con los apóstoles: *Adauge nobis fidem:* Señor, aumentadnos la fe.

### DIA XXX.

#### MARTIROLOGIO.

SANTA CATALINA DE SENA, virgen, del orden de Santo Domingo, en Roma, esclarecida en santidad de vida y en milagros; fué canonizada por el papa Pio II. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL TRANSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES MARIANO, lector, y SANTIAGO, diácono, en Lambesa en Numidia; el primero, despues de haber padecido muchos trabajos en la persecucion de Decio, le prendieron segunda vez junto con su compañero, y ambos confesando á Jesucristo fueron primeramente atormentados con diversos y extraordinarios tormentos, durante los cuales fueron fortalecidos dos veces con revelaciones divinas, y en compañía de otros muchos fueron degollados.

SAN EUTROPIO, obispo y mártir, en Santonges, el cual fué consagrado obispo por el papa S. Clemente, y habiendo predicado el Evangelio en Francia mucho tiempo, por la confesion de la fe consumó el martirio, habiéndole machacado la cabeza. (Fué el primer obispo de dicha ciudad de Santonges, y aconteció su martirio, segun conjeturas, hácia los años del Señor 91, en tal día como hoy, imperando Domiciano. En Puigcerdá, villa del principado de Cataluña, tienen grande devoción á este Santo.)

LOS SANTOS MÁRTIRES AMADOR, presbítero, PEDRO, monje, y LUIS, en Córdoba. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN LORENZO, presbítero, en Novara, y los niños que él educaba, los cuales fueron martirizados.

LOS SANTOS MÁRTIRES AFRODISIO, presbítero, y OTROS TREINTA, en Alejandria.

SAN MÁXIMO, mártir, en Efeso, el cual fué martirizado en la persecucion de Decio.

SANTA SOFIA, virgen y mártir, en Fermo de la marca de Ancona. (Esta Santa recibió la palma del martirio por su constancia en confesar á N. S. Jesucristo durante la persecucion de Diocleciano.)

**SAN SEVERO**, obispo, en Nápoles en Campaña, el cual entre otros milagros resucitó á un muerto por un poco tiempo para convencer á un impostor que falsamente repetía unos créditos contra una viuda y unos pupilos.

**SAN DONATO**, obispo, en Evorea en la Albania, el cual florecia en santidad en tiempo del emperador Teodosio.

**SAN ERCONVALDO**, obispo, en Londres en Inglaterra, esclarecido en milagros.

#### SANTA CATALINA DE SENA, VÍRGEN.

**S**ANTA Catalina, á quien hicieron tan célebre en el mundo los extraordinarios favores que recibió del cielo casi desde la cuna, fué hija de un tintorero de Sena en Toscana, llamado Jacobo Benincasio. Nació Catalina gemela y acompañada de otra hermanita suya el año de 1347, resolviéndose su madre á criarla por cierto movimiento de especial amor á esta niña, aunque no lo había hecho con ninguno de los demás hijos.

La alegría natural y el humor inocentemente festivo que mostró desde luego la niña Catalina, movió á todos á que la diesen el epíteto de *Eufrosina*; y la innata propension que en medio de su alegría descubrió á todo lo que era virtud, la mereció ya á los cinco años el general renombre de la *Santica*, anticipándose la virtud á la razon, y la razon á la edad.

Luego que aprendió el Ave María, notaron que siempre que subia las escaleras de su casa se paraba á cada escalon para rezarla. Parece que había nacido con ella la devocion á la Madre de Dios; y el Hijo la inspiró un deseo tan ardiente de consagrarse toda á él, y de no tener otro esposo, que al entrar en los ocho años hizo voto de perpetua castidad.

Desde entonces fueron mas abundantes los favores, y visibles los progresos que adelantaba cada día en la virtud: y una vision que se cree tuvo en aquel tiempo, en que se la apareció Jesucristo, la abrasó tanto en su divino amor, que fué victima de sus incendios. Desde aquel punto todo su gusto era la soledad y la oracion; haciéndosela muy familiares la abstinencia, el ayuno y otras ingeniosas mortificaciones que ocultaba cuidadosamente á la noticia de sus padres, no pensando mas que en agradar y complacer á su celestial Esposo.

Costóla bien caro una leve condescendencia. Viendo su madre que en ninguna de sus hijas podria afianzar tanto las esperanzas de un ventajoso acomodo como en las sobresalientes prendas de Catalina, la mandó que se vistiese con menos desaseo, ó no con tanto descuido, y que cultivase los dotes naturales de que el



STA. CATALINA DE SENA V.

Señor la había adornado. Instábala sobre lo mismo otra hermana suya casada, y no la dejaban sosegar. Por librarse de esta especie de persecucion doméstica consintió Catalina en dejarse rizar el cabello; pero conociendo en la oracion lo mucho que había desagradado á Dios esta complacencia, concibió tan vivo dolor y arrepentimiento, que toda la vida la lloró como el mayor pecado que había cometido, y tenia cuidado de acusarse todos los años de él con muchas lágrimas.

No gustaba á sus padres la inclinacion al retiro que mostraba Catalina. Y habiéndola pretendido por esposa un caballero, á quien habia prendado su virtud y su hermosura, toda la familia celebraba mucho esta grande conveniencia; y apurando toda ella á nuestra Santa para que prestase su consentimiento, tomó la resolucion de cortarse el cabello, y echarse un velo sobre la cabeza. Así lo hizo, saliendo un día de repente en esta disposicion, para que sirviese al mundo de desengaño de que no pensaba tomar otro esposo que á Jesucristo. No se puede ponderar lo que sintieron sus padres una determinacion tan impensada; y así en despique, como para que perdiese todas las ideas de devocion, la echaron á cuestras el cuidado de toda la casa, mandándola hacer los oficios mas bajos y mas penosos de ella.

Aunque esta sensible y dolorosa humillacion la resarcia en parte el tiempo que la quitaban para vacar á Dios, la mortificó mucho verse privada de su dulce soledad. Quejándose al Señor un día de esto, oyó una voz interior que la dijo fabricase dentro de su corazon una celdilla, en la cual podia retirarse, y vivir muy sola en medio del bullicio hacendoso de la casa. Desde aquel punto no perdió de vista á Dios, sin que interrumpiese su oracion la multitud de las ocupaciones, y mostrando bien la risueña alegría del semblante la tranquilidad de que gozaba su corazon. Finalmente, su constancia desarmó la cólera de sus gentes; porque observando el padre su perseverancia y su igualdad en la virtud, conoció que era Dios el autor de sus resoluciones; y prendada la madre no menos de su paciencia que de la apacibilidad que habia mostrado en aquella doméstica persecucion, determinó no oponerse á la voluntad del Señor, y ambos la dejaron libertad para que siguiese lo que la inspirase la divina gracia.

Valióse Catalina de esta licencia para ensayarse en el rigor de la vida que pensaba hacer entrando en la tercera orden de penitencia del padre Sto. Domingo. Abstúvose absolutamente de vino y de toda carne, no comiendo mas que yerbas crudas sin pan: dos costales, ó dos quilmas sin paja, y sin otras mantas, eran su cama, su mesa y todas sus sillas. En vez de silicio se ro-

deó al cuerpo una cadena de hierro armada de puntas, que nunca desprendió de él hasta pocas horas antes de su muerte, y entonces por obediencia. Desde edad de diez y ocho años se interdió para siempre el uso del lino, y desde entonces fué su vida un continuo ayuno, y un prodigio de penitencia: Apenas tomaba una hora de sueño por la noche; todo lo restante de ella lo pasaba en oracion. Confesó á su director que ninguna cosa le habia costado tanto como vencer el sueño. Cada día tomaba tres sangrientas disciplinas con inocente crueldad; no pudiéndose apenas comprender como una tierna doncellita de diez y ocho años de edad, de salud débil y de complexion delicada, tenia fuerzas para tan espantosas penitencias. Todo el cuidado de su director era moderarlas, poniendo limites á las encendidas ansias que tenia Catalina de mortificarse.

Por este tiempo cayó mala; y como su madre, que la queria mucho, aunque la habia mortificado tanto, se sobresaltase estrañamente, la declaró Catalina que su salud dependia absolutamente de entrar en la tercera orden de Sto. Domingo; lo que obligó á la madre á que ella misma solicitase con las beatas que admitiesen á su hija, no obstante haberse opuesto siempre á esta resolucion.

Recibió el hábito, y con él áquella estraordinaria abundancia de dones sobrenaturales que hicieron á Catalina una de las mas célebres santas de estos últimos siglos. Libre ya de todos los estorbos que en cierta manera aprisionaban su fervor y sus devociones, se prescribió á sí misma un rigoroso silencio por espacio de tres años, en cuyo tiempo no habló mas que con su confesor, ni salió de su celdilla sino para la iglesia. Impúsose una como ley de pasar en oracion todo el tiempo de la noche que los religiosos no estuviesen en el coro, y aun el corto descanso que tomaba, ó sobre unos sarmientos, ó sobre la desnuda tierra, tampoco interrumpia su oracion; siendo tan estraordinario su fervor, y tanto el rigor de sus penitencias, que todos estaban persuadidos á que solo vivia de milagro.

Invisible la santa vírgen á todo el resto de las criaturas, gustaba sosegada y plácidamente de aquellas espirituales dulzuras, que son como anticipados destellos de las delicias del cielo, cuando irritado y envidioso el infierno de su inocencia, escitó contra ella una tempestad horrible. Sintióse asaltada su imaginacion de los pensamientos mas feos y mas torpes, y combatido su purísimo corazon de las tentaciones mas vergonzosas y mas impuras. Fué tanto mayor su sobresalto y su susto, quanto era mas perfecta y mas delicada su pureza. En vano dobló la

oracion, aumentó las penitencias, y se esforzó á apagar con sus lágrimas las llamas de aquel incendio; porque el Señor queria acrisolar su virtud con aquella dolorosa prueba, haciéndola conocer mejor así la fuerza como la necesidad de su divina asistencia, y humillándola tan sensiblemente, disponerla por este medio para recibir los favores divinos mas estraordinarios.

Terminóse el combate, y fué señal de la victoria una amorosa aparicion de la Santísima Virgen, y de su dulcísimo Hijo, á cuya vista se disiparon los vapores, y remaneció en su alma la serenidad. Desde aquel dia todo fué una perpetua serie de éstasis, de arrobamientos y de frecuentes revelaciones. Pasaba dias enteros arrobada en íntima comunicacion con su Dios; conversaba con los santos del cielo familiar y ordinariamente; pero sobre todo era admirable su singular familiaridad con la Santísima Virgen, á quien llamaba su querida madre, y con Jesucristo su divino esposo.

El reverendísimo P. Fr. Raymundo de Capua, general de la orden de Sto. Domingo, y confesor de nuestra Santa, que escribió su vida, asegura, que doblando sus oraciones y penitencias en los últimos dias del carnaval, se sintió movida en el fervor de su oracion á pedir al Señor una fe tan viva, que nunca se debilitase, y una fidelidad á toda prueba, que la asegurase la dicha de ser eternamente esposa agradable á sus divinos ojos. Añade el mismo historiador que al punto se la apareció Jesucristo acompañado de la Santísima Virgen, de S. Juan, de Sto. Domingo y de otros santos, y la declaró que habia sido oida su oracion, que la otorgaba su súplica, y que desde allí adelante se dignaba de recibirla por esposa suya, dándola por señal un anillo que debia traer en el dedo todo el resto de su vida.

Hasta este tiempo vivia Catalina como enterrada en su soledad y en su celda, sin dejarse apenas ver mas que en la iglesia y al pié de los altares; pero despues de este insigne favor la dió á entender su celestial Esposo que pedia la caridad se dejase ver en el mundo un poco mas. Dió principio á los ejercicios esteriores de esta virtud, encargándose de la asistencia de dos pobres mujeres enfermas; una de ellas, llamada Toça, estaba cubierta de tan asquerosa lepra, que ninguno se atrevia á arrimarse á ella, y ya se trataba de esponerla en el campo, echándola fuera de la ciudad. Viéndola Catalina abandonada de todos, tomó de su cuenta cuidarla por sí misma, y dos veces al dia la visitaba, asistiéndola y socorriéndola en sus necesidades. En lugar de agra-

decer Toca tan extraordinaria caridad, se irritaba con ella, y siempre recibía á Catalina con enfado: tratábala con desabrimiento, y cargábala de injurias, como si la santa vírgen fuese esclava de la ingratisima enferma. Pero este bárbaro desconocimiento encendia mas la caridad de Catalina, y la sirvió hasta que espiró con zelo ardiente y con teson asombroso.

La otra mujer se llamaba Andrea, y tenia un pecho encanecado, y tan hediondamente podrido, que no habia quien pudiese tolerar el mal olor. Los primeros dias se mostró, no solo agradecida, sino confusa á vista de caridad tan portentosa; pero acostumbrándose á ella insensiblemente, llegó á olvidarse tanto del beneficio, y á cobrar tanto horror á Catalina, que manchó su honra con las mas feas calumnias; publicando que andaba divertida, y que empleaba en la torpeza el tiempo que fingia retirarse á la oracion. Juntóse á esta mala mujer otra tan mala como ella, llamada Palmerina, y ambas supieron vestir de tan aparentes colores la impostura, que no solo se la persuadieron á los disolutos, pero aun se la hicieron creer á muchos buenos. Sin embargo de ser tan sensible y tan afrentosa la calumnia, no despegó Catalina sus labios para justificarse; no habló ni una sola palabra, y solo cuidó de doblar sus visitas y sus limosnas á la enferma: tanto, que como un dia sintiese no sé qué repugnancia, horror ó asco en el estómago al tiempo de curarla, la generosa vírgen aplicó intrépidamente su purísima boca á la hedionda llaga encanecada, echándose á pechos la podre, y venciendo á sí misma, venció tambien á la calumnia á fuerza de beneficios. Reconocieron en fin su culpa aquellas pobres mujeres, y publicaron la inocencia de nuestra Santa, cuya humildad tuvo mas que padecer en esta justificacion, que en aquel feo borron de su fama.

La caridad que usaba con los pobres hubiera agotado los fondos que encontraba para socorrerlos, así en su familia, como en otras personas devotas, á no haber suplido Dios algunas veces con milagros. El mismo Cristo, disfrazado en figura de pobre, quiso al parecer experimentar hasta donde llegaba su caridad y su paciencia. Despues de haberle dado Catalina todo lo que habia podido recoger, como el pobre aun no se mostrase satisfecho, ella le rogó que tomase tambien aquello que era de su uso. Apareciósele el Salvador la noche siguiente, y la dió á entender de un modo tan tierno como lleno de consuelo, que él era aquel pobre á quien habia socorrido con tanta generosidad el dia precedente.

Al paso que era inmensa su caridad, era tambien excesivo su zelo por la salvacion de las almas; siendo pocos los miserables á

quienes no convirtiese al mismo tiempo que los socorria. En una palabra, la vida de esta insigne Santa fué una tela de maravillas, un asombro compuesto de milagros. Perdió enteramente el gusto y aun el uso de todo género de comida; sustentábase de la Eucaristía, siendo este pan de ángeles casi su único alimento. Una vez pasó desde principio de cuaresma hasta la Ascension sin probar otro bocado, sirviéndola de sustento la comunión que recibia cada dia. Dijo un dia á su confesor que su divino Esposo y ella habian trocado de corazones, y que aquél la habia impreso sus sagradas llagas, cuyo vivísimo dolor sentia sin intermision en los lugares correspondientes, aunque habia alcanzado de él el singular beneficio de que este favor se ocultase á los ojos de los hombres.

Añadióla el cielo á estas gracias un entendimiento tan elevado, y una tan consumada prudencia, que era venerada como oráculo de su siglo. Las obras que logramos con nombre de Sta. Catalina, y singularmente muchas cartas que escribió á los papas y á los cardenales, y á varios príncipes, son pruebas admirables de su ingenio, de su cultura y de su discernimiento.

Habiéndola obligado el bien público de la santa Iglesia á salir de su retiro, dió al mundo esa prueba mas de que la verdadera santidad está reñida con la inaccion y con la poltroneria; y que los santos saben dejar las dulzuras de la soledad siempre que entienden quiere Dios servirse de ellos para los negocios esteriore.

Como los florentinos se hubiesen sublevado contra la Iglesia romana, y el papa Gregorio XI los hubiese escomulgado por esta rebelion, creyeron que ninguna persona seria mas oportuna para negociar la reconciliacion con la santa Sede que nuestra Catalina; y la nombraron por su diputada al papa, que residia en Aviñon. Ningun trabajo la costó el aplacar el ánimo del pontífice, quien defirió tanto á ella, que quiso fuese sola el árbitro de la paz que concedia á los florentinos. Pero Catalina no tenia menos en el corazon otro negocio de mucha mayor importancia, que era la restitucion de los papas á Roma, de donde habia sesenta años que se habian ausentado. Reprendiendo un dia el papa Gregorio á cierto obispo porque faltaba á la residencia en su obispado, le respondió: *Santisimo padre, en eso no hago mas que imitar el ejemplo de los papas, que ha sesenta años que no residen en el suyo*; y aunque la respuesta fué irreverente y atrevida, hizo tanta fuerza al papa, que en el mismo punto hizo voto en su corazon de restituir á Roma la silla apostólica; y consultando este punto con nuestra Santa, sin declararla el voto que habia

hecho, le respondió Catalina: *Santisimo padre, ¿para qué consulta V. Santidad una cosa que ya tiene ofrecida á Dios?* De lo que admirado el papa; porque solo Dios podia saber el voto que habia hecho, deliberó ya ponerle en ejecucion; y así partiendo de Aviñon el dia 13 de setiembre de 1373, entró en Roma á 17 de enero del año siguiente. Luego llamó á la Santa á aquella corte, y aprovechándose mucho de sus consejos, no fiaba menos de la eficacia de sus oraciones.

A la muerte del papa, que sucedió dos años despues, se siguió un funesto cisma. Urbano VI, sucesor de Gregorio, no honró menos á Sta. Catalina que su predecesor; y convencida la Santa de que éste era el legítimo pastor de la Iglesia, trabajó con todas sus fuerzas en que todos le reconociesen por tal; experimentándose principalmente en esta importante ocasion cuánto podia tener en los corazones, no solo la opinion de su eminente virtud, sino su admirable ingenio, su elocuencia, su espíritu varonil, su comprension y su extraordinaria capacidad.

Habia resuelto el papa enviarla por diputada y como legada suya á la reina de Nápoles y de Sicilia. Catalina llena de fe, de caridad, de zelo y de valor, estaba determinada ya á emprenderlo todo por la mayor gloria de Dios, cuando se sintió acometida de una grave enfermedad. Cuatro meses estuvo padeciendo dolores tan vivos y tan extraordinarios, que nadie dudaba era aquella enfermedad tan sobrenatural, como se consideraba su vida milagrosa; y mostró una paciencia tan heroica en todos ellos, que por ningun otro lado se acreditó su espíritu de tan grande como por este; siendo cierto que las aflicciones y trabajos en que Dios la ejerció casi sin intermision por todo el tiempo de su vida, la hicieron mucho mas admirable que las brillantes y ruidosas acciones que tanto se admiran en ella. Fué su preciosa muerte parecida en todo á su santa vida: suspiros, éstasis, arrobos, incendios del amor divino fueron toda su agonía. Degastada al rigor de sus incomprensibles penitencias, consumida de trabajos, colmada de gracias y merecimientos, espiró en Roma el dia 29 de abril del año de 1380, á los treinta y tres de su edad, dejando, no solo á sus hermanas, de quienes fué superiora, sino á todos los fieles, admirables ejemplos de todas las virtudes; pero singularmente de lo que puede la omnipotente fuerza de la divina gracia.

Estuvo algunos dias espuesto el sagrado cuerpo á la veneracion pública, y despues fué enterrado solemnemente en la iglesia de la Minerva, donde presto confirmó el Señor con nuevos milagros la opinion de su santidad que habia merecido en vida. El año 1461

fué canonizada por el papa Pio II con toda la solemnidad y pompa que correspondia á la singular veneracion y confianza que siempre han colocado todos los pueblos y naciones en esta insigne Santa.

Adórase en Sena su cráneo, y en el convento de los Dominicos de S. Sixto de Roma una mano entera, como tambien un pié entero en Venecia en el convento de las monjas Dominicas.

Es cierto que muchos tiempos antes de Sta. Catalina de Sena florecia ya en todo el orbe cristiano la tercera orden de penitencia del patriarca Sto. Domingo, por la ejemplar vida de innumerables personas piadosas, que sin dejar el mundo ni encerrarse en la clausura del claustro acreditaba visiblemente que se podia vivir en el siglo, y vivir practicando los ápices de la perfeccion cristiana, por la observancia de la regla que dejó instituida el santo patriarca. Pero no se puede dudar que la eminente reputacion de nuestra Santa añadió un grande y brillante esplendor á esta congregacion, la que continua en edificar al mundo con las grandes virtudes que practican los que tienen la dicha de alistarse en ella. Suelen en algunas partes llamar monjas de Sta. Catalina á todas las religiosas Dominicas, cuyo sagrado orden es uno de los mas célebres que se veneran en la universal Iglesia, y es mucho mas distinguido por el resplandor de las virtudes en que se ejercitan las que le profesan, que por la nobleza y prendas naturales que las adornan, notándose en todo él una observancia constante, una virtud humilde, ejemplar y nada afectada, un grande espíritu de union, y una como innata aversion á todo lo que sueña á novedad pernicioso. (*Véase el dia 1.º de abril en el que se lee la impresion milagrosa de las llagas de la Santa.*)

#### LOS SANTOS AMADOR, PEDRO Y LUIS, MÁRTIRES.

AUNQUE la cruel persecucion que suscitaron los moros en Córdoba al comedio del siglo ix, tenia á los cristianos llenos de afliccion y de tristeza bajo el tirano yugo de los impíos agarenos, con todo no faltaron en aquella capital y en su campiña muchos ilustres y zelosos fieles, que se presentaban cada dia á los tribunales de los jueces árabes con una santa intrepidez, y con un valor verdaderamente heroico, á confesar públicamente la divinidad de Jesucristo á pesar de los formidables castigos, y de las injustas prohibiciones que impuso Mahomad contra el que así lo hiciese, aprovechándose de aquella ocasion critica, para sellar con su sangre las infalibles verdades del Evangelio. De los héroes de esta clase fueron S. Amador, Pedro y Luis, de quienes

nos dice S. Eulogio, historiador de sus gloriosos triunfos, que fué Amador un ilustre sacerdote natural de Martos, villa del obispado de Jaen, que en lo antiguo se llamaba Tucci, y Augusta Gemela, que habia ido á Córdoba con el noble objeto de instruirse en las disciplinas eclesiásticas florecientes en aquella capital, para ejercer dignamente las funciones de su ministerio.

Acompañábase Amador frecuentemente con un célebre monge llamado Pedro, y con Luis, deudo de S. Eulogio, y hermano de S. Pablo diácono, uno de los ilustres mártires que habia sido sacrificado en la misma persecucion al furor de los mahometanos, ambos naturales de Córdoba. La uniformidad de religion, de sentimientos y de costumbres unió á los tres Santos con el vínculo de la mas estrecha amistad, en fuerza de la cual pactaron de comun acuerdo de no separarse jamás hasta comprar el cielo con su sangre, puesto que se les ofrecia tan deseada dicha por la tribulacion en que se hallaba agitada la iglesia de Córdoba; y animados con tan noble pensamiento se presentaron ante el juez agareno á predicar públicamente las infalibles verdades de la fe, y á declamar contra las patrañas de la ley del falso profeta Mahoma.

No es fácil explicar la cólera que concibió el bárbaro juez, viendo á los tres ilustres héroes publicar á su presencia la verdad, y la justificacion de nuestra santa religion, al paso que abominaba de los delirios, y de los crasos errores del Alcoran; y estimando aquella generosa resolucion por uno de los atentados mas enormes que podian cometerse contra su profeta, arrebatado con un furor extraordinario, sin esperar á las formalidades acostumbradas en los procesos de semejante naturaleza, mandó á sus ministros que degollasen inmediatamente á los tres atrevidos cristianos. Fueron ejecutadas las órdenes del tirano en el dia 30 de abril del año 855; pero no satisfecho el bárbaro con el injusto castigo, dispuso que arrojasen los tres cadáveres al rio Guadalquivir, para impedir que los fieles les tributasen la veneracion competente. Hizose asi; pero á pocos dias quiso Dios manifestar á la orilla del mismo rio los cuerpos de S. Pedro y de S. Luis; los que recogidos por los cristianos, dieron sepultura al de S. Pedro en el monasterio de S. Salvador, que tuvo su situacion en la peña de la Miel, lugar que hoy se llama de Sancho Miranda distante poco mas de una legua de Córdoba; y con el de S. Luis practicaron el mismo oficio en la noble villa de Palma, que está á una jornada de aquella ciudad, y que da título á los condes de ella, los cuales por devocion al Santo han tomado el nombre de Luis muchos de ellos. El cuerpo de S. Amador no pudo hallarse.

El martirio de estos Santos aconteció en tal dia como hoy, en el año 855, y celebra su festividad la iglesia de Córdoba. Á san Amador hace tambien fiesta la villa de Martos, en la cual hay una iglesia, que es ayuda de parroquia, dedicada á su nombre. La santa iglesia de Jaen celebra su fiesta el dia 5 de mayo.

#### SAN INDALECIO, OBISPO Y CONFESOR.

**T**odos los escritores de la nacion contestan, que S. Indalecio fué uno de aquellos siete celeberrimos obispos que enviaron á España los principes del colegio apostólico, para que la ilustrasen con la luz del Evangelio: cuyas actas hasta su llegada á Guadix por ser comunes con las de S. Torcuato, Cecilio, Tesifonte, Hiscio, Eufronio y Segundo, se refieren en el dia 15 de mayo, donde podrá ver el lector el carácter de todos, su remision á la nacion, y su entrada en ella: lo que estima el escritor por conveniente para evitar una misma repeticion de hechos cuando se trata de cada uno. Quedó S. Torcuato por obispo en Guadix, cuidando de aquella iglesia, que fué el primer fruto de todos; y partiendo los demás compañeros á ejercer su mision apostólica por diferentes pueblos de la península, llegó Indalecio á Urci, ciudad antigua de la Bética, ó Andalucía; sobre cuya situacion son varias las opiniones de los escritores, bien que la mas comun apoyada con la tradicion, que es documento decisivo en semejantes dudas, obra en favor de Pechina, pequeña poblacion media legua distante de Almería, adonde se trasladaron los moros en su entrada en España, por estar mas inmediato al mar el sitio llamado antiguamente Puerto-maró, que es hoy el de Almería, cuyo nombre pusieron á la ciudad los mismos árabes; confirmando mas esta opinion el haber sido la iglesia de aquel pequeño pueblo en la que dieron los fieles sepultura al venerable cuerpo del santo prelado, de la que fué trasladado al monasterio de S. Juan de la Peña en el reino de Aragon, como veremos despues.

Presentóse pues Indalecio en Urci animado de aquel mismo espíritu con que salieron los Apóstoles de Jerusalem para la conquista del mundo; vió en aquella ciudad numerosa por entonces una multitud de infieles, que degenerando de la obligacion que tienen las criaturas para con su Criador, vivian envueltos en una crasa ignorancia, tributando sus inciensos á los demonios en los vanos simulacros de los ídolos, bajo el velo de mentidas deidades; y como el principal objeto de su mision era ilustrar á tanto miserable con la luz del Evangelio, comenzó á predicarles